

Si se encubre al nacer escuro velo,
O pálidas descubres las mejillas,
El Oceano, amenazando al cielo,
Se vuelve airado contra las orillas;
Pero si viertes por el ancho suelo
De los cabellos llamas amarillas,
El padre de los vientos la ira recia
De sus hijos en vano menosprecia.

Porque el Austro augmentando los enojos,
Y el opuesto Aquilon arrebatado,
Rompiendo de la cárcel los cerrojos,
Combaten à porfia el mar hinchado;
Netpuno con los húmidos despojos,
Entre dudosas ondas azotado,
No sabe à quien ha de acudir, que mira
Igual la rabia de los dos y la ira.

Pero apenas la ciega noche igualas
Con el día, en el Aries albergando,
Cuando batiendo las templadas alas
Los vientos, y las cosas fomentando,
Los troncos vistes con frondosas galas,
A las muertas raíces vida dando;
Rien las horas, y el verano tierno
Recoge flores del precioso cuerno.

Mas, cuando enderezando al Bootes frio
Tu curso, al Canero hieres encendido,
Con maduras espigas el estio
A Ceres pone el pálido vestido;
Enfrena entonces el corriente rio
De su raudal el impetu atrevido,
El segador, sudando barba y cejas,
Corta à la seca tierra las madejas.

Si el presuroso carro atrás volviendo,
La Libra adorna con tus rubias hebras,
El día con la noche igual haciendo,
Poco à poco al calor la fuerza quiebras;
Las sepultadas fuentes renaciendo,
Bajan del monte por inciertas quiebras;
El otoño la frente levantada
Muestra alegre con frutos coronada.

¡Oh mi querida patria venturosa,
Mas obligada que ninguna al cielo!
En cuya vega amena y deleitosa
El Céiro batiendo manso el vuelo,
La primavera tierna y olorosa
Cubre de flores el alegre suelo,
Con varias esmeraldas matizado,
Seguro del estio y tiempo helado;

Do impiden las escuadras ordenadas
De los árboles fértiles y hermosos
A Febo con las cimas acopadas
La entrada de sus rayos poderosos;
Y por las verdes plantas derramadas
Las aves, con acentos sonorosos,
De las aguas el son claro acompañan,
Que en torno à la florida tierra bañan.

Ricos dones derrama en la ribera
De los dorados astros la influencia,
Y del placer que allí la primavera
Causa, la llaman Vera de Placencia;
Allí en contorno de su cabellera
Muestra el otoño varia diferencia
De dulces frutos, y en las grandes cubas
Distilan mosto las pisadas uvas.

Allí nace el membrillo restringente,
Cubierto de vellosa y blanda lana,
Porqué del tiempo duro y inclemente
Ofender no le pueda la ira insana;

Mezcla el durazno en la encarnada frente
La blanca nieve y encendida grana;
El pérsigo el veneno en hiel convierte,
El oloroso pero sangre vierte.

Allí, después que del romano imperio
Hubo el gran César español triunfado,
Se retiró, porque del hemisferio
Es el lugar mas sano y mas templado,
Y de Yuste en el sacro monasterio
Esperó y padeció el golpe acerado
De la Parca, dejando à su hijo Atlante
La carga del Oeaso y del Levante.

Allí pues las simientes escondidas,
Oh Febo, en alto con tu ardor levantas,
Y conviertes en ramas extendidas
Los pequeños renuevos de las plantas;
Las flores de olor árabe esparcidas
Vuelves en fruto con tus llamas santas,
Y con fuego templado calentando,
Vas en dulzura su amargor trocando.

Cuando doras el uno y otro cuerno
Del Capricornio, caminando al Austro,
Rompe las piedras el furioso invierno,
Aquilon sale del nevado claustro
Vertiendo hielo, al parecer eterno,
Con recios soplos desde el frio plaustro,
Con que el hinchado Oceano exaspera
Las ondas con furor y rabia fiera.

Si del corvo Dragon en la cabeza
O en la cola cruel haces morada,
Y entre nosotros y entre tu belleza
Se atraviesa la tuna levantada,
El rostro alegre llenas de tristeza,
Encubriendo tu vista deseada,
Porque los rayos de tu luz divina
No penetran el globo de Lucina.

Mas el funesto y tenebroso velo,
Que impide el resplandor de tu semblante,
No niega à todo el extendido suelo
La gracia de tu esfera rutilante;
Que el que los dones del benigno cielo
Participa en las partes de Levante
Y opuesto Oeaso, goza enteramente
La inmortal gracia de tu globo ardiente.

Pero cuando con luto negro y triste
Cubrió la acerba muerte al sol divino,
Por nuestra culpa, y tú, Apolo, escondiste
Doloroso el cabello de oro fino;
A todo el mundo en torno escureciste,
Atónito del caso peregrino,
Y entre nubes los orbes celestiales
Encubrieron su vista à los mortales.

Bramó el Ponto; el lucido firmamento
Del gran templo apagó las luces puras,
Y sin hacer el hombre sentimiento,
Se abrieron de dolor las piedras duras;
Temerosas gimieron en su asiento
Hasta las almas de Pluton oscuras,
Y cubiertos de azufre y fuego eterno
Temblaron los umbrales del infierno.

Espantada Megera y suspirando,
A las hermanas llama en tal conflicto,
El monstruoso Cancerbero aullando,
Atruenan las cavernas de Cocito;
Las sombras la infernal pena augmentando,
Temen de nuevo su ladrar maldito:
Silbaron de temor las hidras fieras,
Y llamas vomitaron las quimeras.

DIA QUINTO.

Señor, que del linaje descendiente
De las aguas, en ellas parte dejas,
Y parte sobre el aire trasparente,
Del nativo y profundo nido alejas;
Enmudeciendo la húmida en su fuente,
Y la aérea esparciendo al cielo quejas,
Permite que yo el género diverso,
De una estirpe nacido, cante en verso.

Antes que de las aves las edades
Pinte, diré los varios escuadrones
De los peces, las dulces amistades,
Los talamos bañados, las quisiones,
Las castas bodas, las enemistades,
Las sagaces astucias, las traiciones,
La pesca contra algunos cautelosa,
Inventada del arte ganancioso.

Son de Neptuno las escuadras mudas
Sin número, las cuales serpando
Van, cual culebras, por las ondas crudas,
Los cuerpos encogiendo y alargando,
Y como proas ágiles y agudas,
Con los rostros de modo el mar cortando,
Que fácilmente en el profundo vaso
Al cerrado camino abren el paso.

Hácia delante por el lago frio,
Extienden y retiran igualmente
Las alas, como cuando de algun rio
Contra la fuerte y rápida corriente
El marinero con gallardo brio,
Sacudiendo los remos fuertemente,
Los líquidos cristales va rompiendo,
Alargando los brazos y encogiendo.

Los que las aguas dulces o saladas
Habitan, que del uno y otro viento
En alto se levantan azotadas,
Son para el hombre de mejor sustento,
Principalmente si entre frias heladas
Las bate Bóreas con rigor violento,
O el Euro, que con rojo néctar moja
Las sueltas alas desde el alba roja.

Porque con los suspiros impelidos
Los ministros de Eolo voladores,
Los lagos de los mares detenidos
Turban y de los rios corredores;
Con cuyo movimiento combatidos
Los peces sutilizan los humores;
Y consumiéndolos las superfluidades,
Engendran mejor sangre à sus edades.

Deste grande rebaño, unos del cieno,
Como el barbo y la raya, se sustentan;
El aleche y cabron del pasto ameno
Que en las riberas nace, se alimentan;
Entre las piedras del salado seno
Los crueles ratones se apacientan,
Que desafian à campal batalla
Al mas fuerte escuadron que en torno se halla.

Los ligeros atunes, señalados
Con suelta ligereza en la carrera,
De las vecinas tierras apartados,
Nadando corren puestos en hilera,
Y sus bastardos hijos, respetados
Del marinero en la salada esfera,
Siguiendo van de los bajeles altos
Las blancas velas, dando alegres saltos.

Como del pueblo la confusa gente
Sigue al son de abaliles y atabales
Al luchador soberbio nuevamente
Con las cortadas ramas inmortales,
Hasta que pisa el vencedor valiente
Ufano de su casa los umbrales;
Así los peces siguen las antenas
Hasta ver de la tierra las arenas.

La rémora del húmido elemento
En las profundidades siempre vive,
Cuyo prodigio y milagroso cuento
El que lo oye por falso lo recibe;
Que el no experimentado entendimiento
Difícilmente su verdad concibe,
Mas la experiencia con los varios usos
Los solisticios alcanzó confusos.

Cuando juntando el Aquilon furioso
Todas sus fuerzas, y favorecido
Del bravo mar, combate riguroso
A la nave con impetu atrevido,
Si el hocico en el leño temeroso
Y de las fieras ondas sacudido,
Clava el pece, le tiene tan parado,
Que parece en el suelo estar clavado;

Como la dura y encumbrada roca,
Que mil veces los soplos despreciando
Del recio Noto, con la cima loca
Las inferiores nubes sojnzgando;
O como el pino, que en el cielo toca
Con la frente, à la tierra amenazando,
Que, cuanto mas desdenan à los vientos,
Tanto mas firmes tienen los asientos.

Viendo en tal punto el marinero triste
El caso extraño, semejante al sueño,
Y que à los vientos y al furor resiste
Del gran Neptuno el animal pequeño,
Confuso y lleno de temor desiste
De gobernar el afligido leño,
Que, queriendo partirse, no se atreve
A proseguir su curso ni se mueve,

Como la suelta gama, perseguida
Del cazador y del astuto perro,
Que deseosa de salvar la vida,
Corriendo vuela por el llano y cerro;
Mas si entonces acaso fué herida
De la saeta con el fuerte hierro,
Tanto con el mortal golpe se altera,
Que, no queriendo, al cazador espera.

La anguila y la tortuga abroquelada,
Desamparando el oceano lecho,
Hacen habitacion dulce y morada
Fuera, mas cerca del salado estrecho;
Y el castor, que en la orilla atribulada,
Cuando arroja el cruel grito del pecho,
Si alguno le oye por su mala suerte,
En vano huye de la presta muerte.

Hay otros peces que del lago ondoso
En lo mas apartado siempre habitan,
Y en el talamo casto y vergonzoso
Las deseadas bodas ejercitan;
Otros, que con estímulo celoso
A Marte en la sangrienta guerra imitan,
Y el que vencedor sale en la contienda,
La victoria se lleva con la prenda.

Otros, que con cuidado enorme y feo
Nuevo amor buscan por la tierra enjuta,
Como el sargo insaciable, que el deseo
Con las cabras en público ejecuta;
Mas de su esposa el piadoso etneo
Jamás la honesta compañía refuta,
Como si el casto yugo los ligase
Del sancto matrimonio y los juntase.

Mas no es igual el fin del casamiento
Al del bastardo lucio, que escondido
En detenidas aguas hace asiento,
Al uso de las mesas no eligido,
Por ser de catarroso nutrimento,
Y de pasto nocivo y desabrido,
El cual de la flemosa tenca nace,
Que las arenas cenagosas paze.

Con grandes ansias y apetito ciego
A la adúltera anguila incita y llama
Para el sabroso y deshonesto juego
La serpiente que en torpe ardor se inflama;
La cual herida con rabioso fuego,
Que por todas sus venas se derrama,
Con la ponzoña que en su pecho cuece,
En los dulces deleites se embrevece.

Antes de entrar en la amorosa guerra,
En una piedra cóncava vomita,
En los confines del gran lago y tierra,
De los dientes la cólera maldita;
El veneno mortal que dentro encierra
Juntamente con ella deposita,
Mientras que manso el animal furioso,
A las bodas se acerca presuroso.

Herido con la flecha rigurosa
Del blando amor pasea en la ribera,
Por verse en compañía de su esposa,
A quien en la bañada arena espera;
La cual del agua sale presurosa,
Mas que del arco la saeta fiera,
Y alegres, del gran piélago en la punta,
Ambos celebran la amorosa junta.

Hechas las bodas, la cruel serpiente
Vuelve a sorber la cólera y veneno
Que amorosa escupió del mortal diente
Y vomitó del ponzoñoso seno;
Mas, si alguno con mano diligente
La peste derramó por el terreno,
Indignada sobre el su cuerpo inclina,
Mientras la acerba muerte se avvicina.

Y de vergüenza y de dolor cubierta,
Viéndose de las armas sesojada,
Con que tenía la victoria cierta,
En la contienda mas necesitada;
Sobre el duro peñasco medio muerta,
Y de poder vivir desconfiada,
En repentino y desdichado punto
Pierde con el veneno el cuerpo junto.

Deste ganado, que del Océano
Habita las campañas extendidas,
Nacen algunos cuando del verano
Las dulces horas rien ya floridas,
Y con su ciencia Apolo soberano
Da vigor a las plantas destruidas,
Cuando los cuernos dora de Ariete,
Y en los guerreros vientos paz promete.

Otros nacen al tiempo que el pasaje
Por el leon Nemeo el sol extiende,
Que inflamado de rabia y de coraje,
Con el aliento la campaña enciende,
Y en el callado y húmido linaje
A veces su abrasada peste prende,
Agotando sediento de los rios
Y de las fuentes los humores frios.

Otros, cuando los bosques acopados,
Que deleitaban llenos de alegría,
La verde gracia pierden, injuriados
Con los desdenes que el otoño eria;
Otros, cuando los tiempos prolongados
Que la bañada sombra al mundo envia,
Son mas espaciosos y mayores
Que del día los breves resplandores.

Hay también peces, que ni son nacidos
De adulterio, ni en bodas engendrados,
Ni de alguna simiente concebidos
De padres, que jamás fueron casados;
Las ostras en sus senos extendidos,
De los vapores tennes y bañados,
Que del medio aire a lo inferior subieron,
Los queridos despojos concibieron.

Deste escuadrón armado con payeses,
Con el ánimo junto el vigor crece,
Cuando corriendo por los doce meses,
Llena de plata Cintia resplandece;
Mas, no siempre en un ser su virtud peses,
Que su fuerza adquirida desfallece,
Cuando la luna de la frente llena
Poco a poco los cuernos enajena.

En este nácar, sobre el cual andaba
En otro tiempo la lasciva diosa,
Y con serena vista el mar pisaba,
En la estación del año mas hermosa;
Aqui pues, do nació y se recreaba
Venus, nace la perla preciosa,
Como la piedra, que se cria agorera
Entre los ojos de la hiena fiera.

Mas, cuando por el aire va corriendo
Júpiter, de relámpagos vestido,
Y de las nubes con terrible estruendo
Baja a la tierra, en llamas encendido;
Las ostras el horrible son oyendo,
Si no han del todo acaso concebido,
Cierran los vientres llenos de temores,
Abortando los candidos humores.

Todas pues estas húmidas edades,
Ahora engendren en el lago Euxino,
O de Helesponto en las profundidades,
O en las cuevas del seno Tarentino,
O del gran Jonio en las concavidades,
O en las del Adriático vecino,
O en las honduras del Océano extenso,
Crian sus hijos con amor inmenso.

En esto exceden a cualquier viviente
Los delphinés, los cuales habitaron,
Segun fingió la fama, antiguamente,
La tierra, y con los hombres conversaron;
Mas por Dionisio rigurosamente
En peces las figuras reformaron;
Pero hoy la fiel prudencia y el consejo
Conservan del varon mas docto y viejo.

Luego que salen los queridos hijos
A las horas del día sesojadas,
De los puntos del parto tan prolijos,
Del Ponto entre las ondas plateadas;
Dando muestras de grandes regocijos,
Entorno de las madres rodeadas,
Saltos van dando, y ellas en los dientes,
Reciben a los tiernos descendientes.

Alegres, de los ásperos semblantes
Placer vertiendo en el profundo lecho,
En sus bocas las madres vigilantes
Distilan leche del preñado pecho;
Porque naturaleza semejantes
En esto a las mujeres las ha hecho,
La cual en cualquier parte resplandece,
Y siendo fin, de término carece.

Y cuando de la edad ya recia y fuerte
El estio colérico y adusto
En la crecida descendencia vierte
La dura fuerza y el vigor robusto,
Los padres les enseñan de qué suerte
Puedan ejecutar el robo injusto
En otros peces, y jamás se alejan
De ellos hasta que prácticos les dejan.

En la tierra el marino lobo eria
Sus dulces prendas con igual cuidado,
Y al trabajo que el vientre padecia
Pone fin con el parto sazonado;
Pero después, al catorceno día
Con ellas entra en el Océano hinchado,
Y por las calles ásperas les guía
De la extendida patria, vasta y fria.

Cual la mujer que del nativo cielo
Ausente, pare en el extraño nido,
Mas volviendo después al patrio suelo,
Con el niño en los brazos ya ercuido,
Le va enseñando, llena de consuelo,
Las casas que sus padres han vivido,
Así esta bestia al mar sus hijos lleva,
Su habitacion les muestra, antigua y nueva.

Cuando bañado de furor contiene
El padre de las aguas con los vientos,
Y con embates rigurosos hiende
De los duros escollos los asentios;
Su linaje el leal perro defiende
De los golpes y estrépitos violentos,
Y en el vientre amoroso los recibe
Por los meatos mismos que concibe.

Mas luego que la paz engendradora
De familias y estrechas amistades,
Por las ondas se vierte, y el sol dora
Con luz las plateadas humedades,
Y de Eolo la escuadra voladora
Treguas publica a sus enemistades,
La madre a parir vuelve al pez nacido,
En su vientre dos veces concebido.

¡Oh gran naturaleza piadosa,
Que no solo en el hombre derramaste
La fuerza de los hijos amorosa,
Mas al pez y ave la comunicaste,
Y a la fiera mas brava y espantosa
Con tan suaves dones amansaste,
Que por el parto, cuyo amor la preme,
Ningun peligro rehusó ni teme!

Con los tiernos cachorros abrazado,
Por llevarlos a dulce salvamento,
Menosprecia el leon encarnizado
Del cazador el impetu sangriento;
Y en las feroces garras confiado,
Conserva el concebido atrevimiento,
Sin temer las saetas atrevidas,
Con rigor de los arcos sacudidas.

Y ¿por ventura alguno el triste llanto
De los quebrantahuesos nunca ha oido,
Y de la tartamuda Progne el canto,
En funestas endechas esparcido;
Cuando el fiero dragon lleno de espanto,
El hombre sin piedad, del caro nido
Las ya nacidas prendas dividieron,
Que después muerte con rigor les dieron?

Pero aunque su querida descendencia
Las madres aman tanto, en el rebaño
Del gran Neptuno reina la inclemencia,
Ejecutando entre ellos mortal daño;
Que el mas feroz y de mayor presencia,
Con dura fuerza ó con astuto engaño,
Al flaco y débil que huir procura,
Da en la hambrienta tumba sepultura.

Sin poder alojar del vientre onusto
La gran voracidad intolerable,
La espantosa ballena el pasto injusto
Apetece con cólera insaciable;
Cuyo feo espectáculo y robusto
Promete mortandad irremediable,
Y si acaso el disforme cuerpo alarga,
Isla parece su bañada carga.

Cuando la hambrienta pálida la embiste,
Sus ansias aumentando impacientes,
Erizado el cabello, el rostro triste,
Llenos de orin los escabrosos dientes,
El vasto monstruo, que con furor viste
De nuevo los espíritus valientes,
Y contra el mismo Océano se enoja,
Olores por la abierta boca arroja.

El suave perfume de ámbar, cuando
De los peces por cóncavos canales
Penetra hasta el cerebro, despertando
El olor en los ciegos animales;
Ellos el oloroso don gustando,
De la hambrienta entrada los umbrales
Incautos pasan, y la bestia experta
Les cierra entonces al vivir la puerta.

Pero naturaleza, a las criaturas
Del mar, que de vigor no son dotadas,
Ni sus miembros armó de puntas duras,
Les infundió asechanzas recatadas,
Cautelas encubiertas y seguras,
En cuya sagaz arte confiadas,
La vida quitan al mas bravo y fuerte,
Y otras veces se libran de la muerte.

¡Qué virtud poderosa, di, acompaña
A la tramielga perezosa y tarda,
Mas débil que la humilde y frágil caña,
Tan medrosa que todo la acobarda?
En las cavernas que Neptuno baña,
Del mas flaco animal se esconde y guarda,
Mas del engaño con la fortaleza,
Socorre en tal conflicto a su flaqueza.

Si algun inadvertido pez la toca
En las agudas puntas del costado,
Yace en el suelo, como inmóvil roca,
Su triste cuerpo, de temor cargado;
Y palpitando la tremante boca,
Muestra el vientre hácia arriba trastornado,
Ignorante del don favorecido,
Que de naturaleza ha recibido.

Al punto su contrario en las arenas
La viva carga desmayado arroja;
La sangre se le hiela por las venas,
Y de los miembros el vigor aloja;
Y como si con grillos y cadenas
Fuese ligado, por la gran congoja
Que de la flaca complexión le viene,
De los pasos el impetu detiene.

Como cuando del sueño perezoso,
Entre oscuras ideas en los brazos,
Huir desea el hombre presuroso,
Y queriendo correr, como con lazos
Se halla atado, así el pez temeroso
Con semejantes cuerdas y embarazos
Se para, y la tramielga en mortal hora
Cobrando el ser perdido, le devora.

Cuando sobre las rocas asentada
Se abre la concha, el canero, que está en vela
Por hacer la ganancia deseada,
Se le acerca, encubierto con cautela,
Y en medio de ella, estando descuidada,
Arroja una pequeña pedruzuela;
Queda entonces abierta, el sin encuentro,
Con ardid roba cuanto halla dentro.

¿Quién del prudente erizo no se admira?
Que cuando alborotado el Ponto grueso
Las playas inundo, bañado en ira
Sobre si pone de una piedra el peso,
Temeroso del mar, cuando suspira,
Sus límites pasando con exceso;
Con cuya carga al golpe que le embiste,
Como lastre de nave, le resiste.

Y alguno nunca ha oído por ventura
Del pulpo los engaños naturales,
Que los colores a la piedra dura
Usurpa, que abrazó con los ramales?
Con cuya ajena y natural figura,
Huye de muerte los propincuos males,
Y semejante a la imitada roca,
Del pescador no teme el ansia loca.

Este astuto animal con la lamprea
Odio engañoso y cólera ejercita,
Y con alterno daño en la pelea,
El espíritu el uno al otro quita;
Ella, que el robo ejecutar desea,
Desde el profundo escollo solicita
Dar al medroso pulpo muerte fiera,
Y en viéndole, los pasos acelera.

De la mortal necesidad forzado,
Con ella el enemigo prestamente
Se revuelve de aqueste y de aquel lado,
Procurando apretarla fuertemente;
Mas, la lamprea el cuerpo deslizado,
Mil veces de los nudos facilmente
Y intrincados ramales desenlaza,
Y otras tantas con ella el pez se abraza.

Cual los fuertes varones, que mostrando
Por el don prometido fuerza y brio
En la trabada lucha, y ondeando
Sudan sobre la tierra un largo rio,
Los brazos enlazando y desatando
Como culebras, en el desafío,
Así trabajan en su gran porfía
Los dos guerreros de la rueda fría.

Otras veces se añuda y se revuelve
Con las cuerdas el pulpo miserable
En la roca, y de su color se vuelve,
Huyendo del contrario intolerable,
Y el peñasco a dejar no se resuelve,
Aunque padezca llaga penetrable,
Antes tiene al escollo endurecido
Con las corvas tenazas siempre asido.

Como cuando el soldado victorioso
A la mujer captiva del regazo
Quitar procura el hijo temeroso,
Que la cinea con uno y otro brazo,
Pero el infante triste y congojoso
Jamás desata el anudado lazo;
Así, abrazada tiene el pulpo mudo
La piedra con estrecho y recio nudo.

Mas, como el ciervo que en la selva umbrosa
Siguiendo por el rastro a la serpiente,
Con la potencia descubrió olorosa
Las señales que busca diligente,
Y sacando a la fiera ponzoñosa
Del lugar escondido, ella impaciente
Se le revuelve al cuerpo, pero en vano,
Que allí la despedaza el ciervo insano;

Así, con fuertes garfios y tenazas
Forzado el pulpo al enemigo traba,
Que confiado en sus astutas trazas,
El ánimo acrecienta y furia brava;
Mas su cautela y grandes amenazas
Deshace el pez deslizador, y clava
Dándole muerte, la hambrienta boca
En su cuerpo con rabia y ansia loca.

Tambien del mar entre el sagaz rebaño
El céfalo piadoso se apacienta,
El cual no hizo agravio, mal, ni daño
Al compañero, ni privar intenta
De la vida al pariente, ni al extraño,
Ni jamás de sus carnes se alimenta,
Sino de la ova y cenagosa arena,
Sin que sus labios manche sangre ajena.

Pero, no es todo de malicia falto,
Porque cuando se ve entorno sitiado
De la nudosa red, se arroja en alto,
Y de su astucia no es desamparado;
Que muchas veces con el presto salto
Del circular engaño se ha librado,
Pasando en los profundos manantiales,
Sobre el agua los términos fatales.

La trucha de granates esmaltada,
Que de las mismas ondas se recata
De la prisión, a trechos anudada,
De la propia manera se rescata;
La cual en la corriente arrebatada,
Que de los altos montes se desata,
Con impetu se arroja, y de los ríos
Rápidos busca los humores fríos.

Si el escario quedó dulcivo y preso
En la cárcel cruel entretejida
De varas, con la dura hambre opreso,
Por robar del anzuelo la comida,
Astutamente del contrario peso,
Poniendo en dulce libertad la vida,
Con la cola la entrada alarga estrecha,
De verdes juncos y de mimbres hecha.

Mas, aunque los callados nadadores,
Libertad cobran con astucias tales,
Con mas sagacidad los pescadores
Captivan a los tristes animales,
Como cuando los diestros cazadores
Engañan a las aves celestiales,
Con falso cebo de los rubios granos,
Y inadvertidas mueren a sus manos.

Suele tambien en la bañada esfera
Matar amor al humido rebaño,
Que al mortal casamiento se acelera,
Apeteciendo su amoroso daño;
Cuando el albur descubre en la ribera,
Preso al marido con el falso engaño,
Hasta morir, siguiéndolo porfia,
Por verse en su querida compañía.

¡Oh fiero amor! hermoso en el semblante,
Mas con impías hazañas te eternizas
Cuando invisiblemente del amante
En el turbado pecho te deslizas,
Y con dolor y saña penetrante
La fuerza de tu fuego dentro atizas,
Cuyo ardor a su rostro el color quita,
Como al clavel cortado el sol marchita.

Tú, a muchos, de su honor haciendo ultraje
Entre funestos paños envolviste,
Cuando lleno de rabia y de coraje
Impetuoso les acometiste;
Tú el primo que juntó el débil linaje
Con el estrecho matrimonio fuiste,
Y en cualquier corazon que entras, derramas
Temor helado y encendidas llamas.

Y no solo en hacer guerra te cebas
Contra el hombre, aves, fieras espantosas,
Pero tambien en las profundas cuevas
Del mar tiras saetas ponzoñosas;
Allí en sus monstros abrasadas pruebas
Ejecutan tus flechas poderosas,
Porque ningún mortal vivir intente,
Que tu necesidad no experimente.

Mas, oh mi musa, no te pares tanto
Entre las ondas amenazadoras;
Sal presto de sus aguas, nuevo canto
Esparece entre las huestes voladoras,
Que al recoger la negra noche el manto,
Con las lenguas suaves y sonoras
Hieren del mundo las sublimes vueltas,
Sacudiendo a compás las alas sueltas.

Tú, aire, entre las plumas encerrado,
Que a las aves aprietas sutilmente,
Y cuando dellas eres azotado,
Se levantan en alto facilmente,
Recibe de mi musa el vuelo osado
En tus regazos, que atrevidamente,
Saliendo del Océano, procura
Subir a tu region líquida y pura.

Vosotras, oh cuadrillas celestiales,
Que acordáis vuestros dulces instrumentos,
Cual la harpa, con cuerdas desiguales,
Acompañad ahora mis acentos;
Porque, los que entre mudos animales,
A mis ásperas voces tuye atentos,
No se entreguen al sueño leve y blando,
Mientras conmigo en verso vais cantando.

Ven tú, mi Filomena deseada,
Que de la triste noche eres consuelo,
Y en tierno son la música acordada
Derrama de tu cuerpo pequenuelo,
Que en dulzura a la cítara dorada
Vence, que tocó Apolo en Delfo y Delo;
Tú sola puedes a la noche fria
Con su canto igualar y al claro día.

La negra merla dulcemente canta,
Mas luego pone término a sus quejas
Al punto que la sombra se levanta,
Encubriendo de Febo las madejas;
Comienza el ruiseñor con la garganta
A herir del oyente las orejas
Al tiempo que el aurora las mejillas
Muestra sobre las húmidas orillas.

Mas cuando el sol se nos desaparece,
De sus endechas cesa el triste llanto;
Pero la dulce filomela ofrece
De sus querellas el continuo llanto,
Mientras el alba hermosa resplandece,
Vertiendo aljofar del rosado manto;
Al suelo alegre con su vista el día;
Cinea al aire sutil la noche fria.

Como del cisne el canto prodigioso
Hace al salir del cuello gran viaje,
Mas que otra ninguna ave deleitoso
Forma de su acentos el pasaje;
Y cuando de su cuerpo perezoso
La edad cansada, con caduco ultraje
Se avecina a la muerte sorda y dura,
No se olvida jamás de su dulzura;

Que al cruel punto que la breve vida
Deja del mortal peso los despojos,
Canta suave, y con el son herida
Anuncia de la Parca los enojos;
Y con el ala débil y caída
Cubre anhelando los marchitos ojos,
Como quien el futuro mal publica
Y funestos presagios pronostica.

Muestra el aurora la rociada frente,
Llenos de blancas perlas los regazos,
Y al labrador el gallo diligente
Rompe del sueño los mortales lazos,
Para que del arado el corvo diente
Vuelvan a ejercitar sus fuertes brazos,
Y con guirnaldas de doradas mieses
Corone a Ceres en los grandes meses.

De esta ave la inmortal fuerza contemplo
En aquel mármol soberano escrita,
Sobre el cual levantó su sacro templo
El que a los cielos leyes pone y quita;
Cuando el falso concilio, dando ejemplo
De obstinacion frenética y maldita,
Saetas de mentiras esparcian
Contra Dios, y contra ellos se volvan.

Niega a Cristo el apóstol afligido
Primero que del gallo penetrase
Sus orejas el canto prevenido,
Y a Oriente el padre de la luz llegase;
Y porque lo que habia establecido
El provido Señor se efectuase,
Apenas le oye, cuando Pedro cobra
El sentido, y con él milagros obra.

Y acordándose al punto de la ofensa
Que contra Dios y contra si habia hecho,
Condenando su olvido, en recompensa
Saca suspiros del contrito pecho;
La condenada culpa, aunque era inmensa,
Huyó del viejo en lágrimas deshecho;
El delicto, que tanto le congoja,
Dió lugar a las lágrimas que arroja.

Pero como estas y otras muchas aves
Que la carrera líquida nivelan
Del sutil aire, con acentos graves
Y voces acordadas nos consuelan,
Así hay otras que anuncian a las naves
Tristes sucesos cuando espesas vuelan
Cantando, y otras con suspiros varios
Torbellinos y casos temerarios.

Al tiempo que los cuervos congregados
En apiñadas bandas y graznando
Se hieren con los picos aguzados,
La reñida contienda ejercitando,
Salen de la caverna alborotados
Los hijos de Neptuno suspirando,
Y contra el mar y tímidos bajeles
Se muestran desdeñosos y crueles.

La parlera picaza con sus quejas
Nos pronostica, cuando en la edad fria
Del año, nieve de la barba y cejas,
El erizado tiempo al mundo en via;
En sus antiguos siglos las cornejas
Con las mudanzas que el invierno cria,
Mudan la voz, y de los vientos fieros
Despiertan los espíritus guerreros.

El buho anuncia desde la alta Peña
Al triste pueblo los futuros daños;
Con su graznido el ansar nos enseña,
Que con bañados y funestos paños
Cubren las nubes la dorada enseña,
Que sacó el sol, descubridor de engaños,
Y levantando negras tempestades,
Tiemblan del Ponto las profundidades.

Destos varios ejércitos alados
No todos siempre habitan solo un cielo,
Que Progne en los palacios levantados
De Ménfis tiende el conturbado vuelo,
Cuando de los vapores añublados
Agua distila el aire, y con el hielo
Que el recio Boreas por la boca vierte,
En los tiernos pimpollos causa muerte.

Pero si acaba el término prescrito,
El frio de su rigida aspereza
De las altas piramides de Egipto
Parte luego con pronta ligereza,
Y de nuestra region en el distrito
Anuncia al pueblo como Febo empieza
A pintar de odoríferos matices
Los campos y a dar fuerza a las raíces.

Y entre sublimes y dorados techos
La extranjera ave sus polluelos cria,
Al tiempo que, encendida de los pechos,
La canícula fuego al mundo envia,
Que penetrando los bañados lechos
De los ríos, agota el agua fria,
En cuyo nacimiento el sol abraza
Los campos secos con ardor sin tasa.

Las grullas del helado humor huyendo,
Van a habitar a la etiopa tierra,
Amenazando con rumor y estruendo
A la gente pigmea fiera guerra;
La cual al volador caudillo viendo,
Que en forma de escuadron se espesa y cierra,
Y que extiende las alas con grande ira,
En señal de banderas se retira;

Cual cazador que por la selva escucha
Siguiendo al gamo ó jabali cerdoso,
Descubre entre las matas y espesura
Algun dragon airado y espantoso,
Y viéndole, los pasos apresura
Hacia atrás, de su vista temeroso,
Huyendo junto por el cuerpo helado
La sangre al corazon necesitado.

Entonces los ligeros animales,
Los pechos con furor y odio cebando,
Bajan de las regiones celestiales
Los picos como lanzas enristrando;
Y en lugar de trompetas y atabales
Graznan, cruel estrago ejecutando
En la nacion enana, a quien del suelo
Levantán con las uñas hasta el cielo.

Tambien las aves sus amados nidos
Fabrican en lugares diferentes;
Unas entre las aguas escondidos
Los ponen de los mares inclementes,
Otras, sobre los árboles subidos,
En las partes mas altas y eminentes;
Otras entre el arena polvorosa
Su descendencia crian amorosa.

Los balcones, así como adelantan
El vuelo por las nubes remontadas,
Así su habitacion tambien levantan
De la planta en las ramas encumbradas;
Al contrario, su casa en tierra plantan
Las perdices sabrosas y pintadas,
Que por la mucha carne, el torpe vuelo
Apenas alzan del humilde suelo.

Compone el alcion de secas flores
Su nido cuando con los recios vientos
Suben del mar mas altos los humores,
De las rocas turbando los asientos;
El ave variada de colores,
Sin temor de los impetus violentos,
En las ondas la tierna carga arroja
De los huevos, y el Ponto la ira aloja.

Al principio la madre piadosa
Las caras prendas con amor fomenta,
Y los polluelos sobre quien reposa,
Ya nacidos engorda y alimenta;
Entonces de fortuna procelosa
Ajeno el marmero, dar intenta
Al viento velas, y la proa aguda
Hace sonar del mar el agua muda.

Nace, y de ornatos ricos adornada
Del padre Adán la humana descendencia,
Muchas veces se halla despojada
Del paño celestial de la elemencia;
Y el alcion, que entre la fuerza airada
Del Océano y indomita inelemencia,
Deposita desnudo el fructo grato,
Le viste al punto con divino ornato.

¡Oh gran naturaleza inaccesible,
Que a los torpes linajes ennoblece
Con virtud tan preciosa y increíble
Y con tan ricos dones enriquece!
¡A quien no causa admiracion terrible
El amor que en las aves resplandece
Con los hijos, el vario nacimiento,
La fe incorrupta del consentimiento!

Cuando pierde la tórtola viuda
Su amada compañía ausente ó muerta,
De la primera fe jamás se muda,
Ni otro amor busca de su vida incierta;
Antes con llanto la memoria aguda
De su querido con dolor despierta,
Y en el estéril campo donde habita
Con enturbadas aguas la sed quita.

Tú, sencilla paloma, que ligada
Como con santos lazos con tu esposo,
Nunca mientras él vive das entrada
A otro en tu pecho puro y amoroso;
Enseña cómo debe ser guardada
En el tálamo casto y vergonzoso
La fe del inviolable matrimonio,
De que da tu vergüenza testimonio.

El gusano de seda muere y nace,
Sin que de otro gusano sea engendrado,
Y aunque cada año con rigor deshace
A su dorada casta el fiero hado,
No deshecho de todo punto yace
En el mundo el linaje eternizado,
Que la simiente de estos animales
Vive, aunque muerta, siglos inmortales;

Como cuando á las plantas hiela el frío
Del invierno cruel con fuerza dura,
O como cuando el sol en el estío
Las quema estando en su mayor altura;
Que con todo eso queda un vital brio
En las raíces, y una virtud dura,
Que brotar hacen en las selvas nobles
El verde ornato á los caducos robles.

Cuando la luna cándida y serena
Muestra alegre en el tépido verano
De sus mejillas la redondez llena
Opuesta contra su luciente hermano;
A la generacion de aliento ajena,
Con un velo sutil cubre la mano
De la avara mujer, que solicita
El vellon que en el pecho deposita.

Y antes que la septena luz del día
Descubra al cielo la hermosa frente,
En el seno comienza do se cria
A moverse la cálida simiente;
Y por ser vista la dorada cria,
Que cada año renace nuevamente,
A caminar comienza cuidadosa
Con otra forma ya maravillosa.

Luego á cada una en repartido asiento
La gente con afán pone y divide,
Y de tardos morales el sustento
Con su boca insaciable ajusta y mide;
La nueva casta, sin conocimiento
De sus vidas el verde pasto pide,
Y llena con los fértiles manjares
De los estrechos cuerpos los lugares.

Cuando las pequeñuelas avecillas
Se acercan á la muerte inexorable,
Se traslucen las rubias hebreçillas
En los vientres del gremio miserable;
Como cuando las uvas amarillas
Vuelve el sol con su fuerza penetrable,
Y el humor como el oro resplandece,
Que dentro dellas en dulzura crece.

Harto ya de roer de los morales
El frondoso manjar y fértil cebo,
Mueve hácia los orbes celestiales
Los ojos el caudillo antiguo y nuevo;
Al punto los alados animales
Otros reinos buscando andan de nuevo,
Donde cada uno trabajando pueda
Ir extendiendo la dorada seda.

Entonces los sarmientos prevenidos,
Los espinos estériles prepara
La guardia entre los techos conocidos,
Con diligencia á la juventud cara,
La cual por los lugares repartidos,
Trepando á trechos va de vara en vara,
Donde haciendo asientos los linajes
Olvidan sus antiguos hospedajes.

Por los portales de retamas hechos
Y de sutiles mimbres, derramando
Los buscados estambres de los pechos,
Están el rico oficio ejercitando,
Hasta que forman los ovados lechos
Con los delgados hilos vueltas dando,
Do voluntariamente en su ejercicio
Se encierran por dar fin al tierno oficio.

Los hermosos ovillos suspendidos
Quedan clavados por las altas ramas;
Usurpan los vellones encendidos
Con su color dorado al sol las llamas;
Como cuando en los valles extendidos,
Pendientes de los árboles derramas,
Dulce otoño, los frutos encumbrados,
Con pálidos matices esmaltados.

Encerrada en la cárcel tenebrosa
La nueva juventud, romper procura
Con mil ansias herida y cuidadosa
El muro de la ovada sepultura;
La polilla en pequeña mariposa
Se vuelve cuando de la prision dura
Barrena y rompe el edificio rico
Con el valiente y porfiado pico.

Admirados de ver sucesos tales
En sus menudas formas los gusanos,
No se atreven los tristes animales
Sulcar volando los aéreos llanos;
Antes imaginándose mortales,
Olvidan de su vida los ufanos
Contentos: tanto efecto la memoria
En ellos hace de su acerba historia.

Y en el punto que ven se va acercando
Con presteza otra vez su muerte fiera,
Se turban, como todos harán cuando
De las edades en la luz postrera
El fuego universal amenazando
Al mundo entero, abrasará la esfera
De la redondez sólida y pesada,
Tanto tiempo en sí misma sustentada.

Al fin contra ellos los funestos hados
Ejecutan cada año su inclemencia,
Y siendo de la vida despojados,
Por inmortalizar su descendencia,
En las muertas simientes encerrados
Dejan, según nos muestra la experiencia,
De una esperada sucesion los dones,
Reparo á los eternos escuadrones.

Pero entre las cuadrillas divididas,
Que las campanas extendidas hienden
Del aire con las alas sacudidas,
Y con su alegre canto nos suspenden;
Entre las que con voces doloridas
Pronosticando daño al hombre ofenden,
Sola nace de sí la Fénix rara,
Y sola ella á sí misma se repara.

En cierto espacio del rosado Oriente
Un bosque reverdece, rodeado
De las marinas ondas, el cual siente
Los azotes que mueve el sol dorado;
Cuando la húmida luz resplandeciente
Resuena con el carro rociado,
De donde se levanta el claro día
Y del caos la hija negra y fría.

En medio dél está una fuente pura
De dulces aguas, clara y abundante,
Donde la única Fénix la figura
Humedece del cuerpo rutilante;
Cuando con la rosada vestidura
Vierte aljofar del cándido semblante
Y dorados cabellos el aurora,
Del rubio Febo fiel anunciadora.

Luego volando á la mas alta rama
De la planta mas bella y olorosa,
Está esperando á la celeste llama,
Que el sol esparce de su frente hermosa;
Y al mismo punto que Titan derrama
La lumbré de su esfera luminosa,
Humilde le saluda la única ave;
Con honesta apariencia y voz suave.

Ufano Apolo por el ancho cielo
Los caballos fogosos rige y guia;
Ella, tres veces sacudiendo el vuelo,
Se queja con sonora melodía,
Y á la cabeza del señor de Delo,
Que con rayos en círculo atavia,
Hace otras tantas grande acatamiento,
Poniendo fin al regalado acento.

Después al tiempo que á cumplir empieza
Los diez siglos de vida tan cansada,
Hacia Siria el veloz vuelo endereza,
Que Fenicia por ella fué llamada;
Vencida entonces su naturaleza
Con tanta edad, se hace mas cargada;
El humor perezoso se enflaquece,
Que de virtud con la vejez carece.

Las alas que á las nubes inferiores
Con su ligero curso sojuzgando,
Exceden á los vientos voladores,
Rendidas vacan al reposo blando;
Y como los duosos resplandores
A los cuernos de Cintia van faltando,
Así la breve luz se disminuye
De sus ojos, y poco á poco huye.

Y de su vital muerte sabidora,
En la palma que al aire mas se opone
Del tépido collado, donde mora,
Las secas yerbas recogiendo pone;
Y con los dones que á los nardos Flora
Y á la mirra aromática compone,
Hace la tumba cuando mas reposa
De Hipotades la escuadra impetuosa.

En el tiempo que el sol al Aries toca,
Que del año la edad verde renueva,
Sobre el ara se asienta, donde invoca
Al fuego, que ha de darla fuerza nueva;
A que pare su carro al sol provoca,
El cual su justa petición aprueba,
Y al animal, que por morir anhela,
Sobre el lugar sagrado así consuela.

«Oh sola Fénix, aborrecimiento
De la torpe vejez, tu natal suerte
Comenzará á tomar su antiguo aliento
Sobre el falso sepulcro de tu muerte;
Muda el cuerpo forzado y descontento,
Tu senectud en tierna edad convierte,
Y cobrando otra vez tu misma forma,
En figura mas bella te trasformas.»

Esto dicho, del círculo dorado,
Que en torno á su encendida frente gira,
Arranca un rayo, que, sin ira airado,
A la perpetua Fénix se le tiró;
Con el golpe vital acelerado
El ánima del ave eterna espira,
La cual en llamas del ardiente Febo
Gusta morir para vivir de nuevo.

Naturaleza entonces piadosa,
Y atenta en la hoguera fiel, procura
No consuma la lumbré poderosa
De las aves al ave única y pura;
Luego una pequeñuela mariposa
Nace en la engendradora sepultura
De las cenizas, que, sin ser forzadas
De ninguno, se mueven animadas.

Por su cuerpo un vigor nuevo esparcido
Se calienta, la sangre se derrama
Por las venas, el que antes habia sido
Muerto en fuego, renace con la llama;
El ardor de los rayos encendido,
Con que al orbe estrellado el sol inflama,
Aparta las dos vidas semejantes,
Confinas entre sí, poco distantes.

Mas cuando á florecer su edad empieza,
Del aire usado las campanas hiende,
Volando, y el veloz curso endereza
Al primo albergue, do habitar pretende;

Adornada de pompa y de grandeza,
Las prestas alas sacudiendo extiende,
Con cuyo color rojo el ave sola
En su púrpura véuce al amapola.

Y deste modo la cerviz y espalda
Con el oro distintas enriquece,
Entre las bellas alas la esmeralda
Con su verde riqueza resplandece;
A su cabeza ajusta una guirnalda
De rayos, como la que al sol guarnece,
Y entre ellos las señales claras pinta,
Que el iris muestra en su mezclada cinta.

De la vista en los círculos, iguales
A dos jacintos, arden vivas llamas,
Del templo las columnas inmortales
Son cubiertas con cándidas escamas;
Las uñas de rubies y corales
Honora el alba con las rojas tramas
De sus cabellos, y su imagen bella
Del pavon los colores atropella.

Es de tan grande cuerpo, que ni fiera,
Que en la fértil Arabia se apacienta,
Igualar puede á su grandeza altera,
Ni ave á quien en la Siria el sol calienta;
Mas no por eso es torpe en la carrera,
Que con su vuelo al pensamiento afronta,
A la cual con las alas sacudidas
Sigue gran turba de aves suspendidas.

Como cuando del Tigre en las orillas,
Del enemigo ejército triunfando,
Van en tropas las bárbaras cuadrillas,
Al valeroso parto acompañando,
Sus empresas y heroicas maravillas
Con las sonoras cajas publicando,
Así la única Fénix coronada
Vuela de varias aves redeada.

Venturoso animal, que fuerza adquiere
Con lo que el mortal hombre se deshace;
Su muerte de la vida no difiere,
Que del sepulcro su principio nace;
Su senectud jamás, muriendo, muere,
Ella misma de sí misma renace,
Y siendo engendradora, es heredero,
De sí engendrado y padre verdadero.

El buitre, raro al mundo y monstruoso,
Pare sin haber de ave concebido,
Y el que rie del culto misterioso
De nuestra fe, creer nunca ha querido
Que de Maria en el jardín precioso
Aquella eterna Vara haya nacido,
Conservando la Virgen pura y santa
La flor entera de su casta planta.

Pero ya que dar crédito rehusa
Esta gente perversa y obstinada
A los justos profetas, no se excusa
De castigo su culpa condenada;
La ira, de que el sumo Juez usa,
Deshará presto su intencion danada,
Porque al infiel ejército resiste,
Y en defensa del suyo siempre asiste.

Aquel soberbio Filisteo gigante,
Cuya terrible y hórrida figura
Sobrepujaba al encumbrado Atlante,
En las nubes tocando su estatura,
Contra el pueblo de Dios sale arrogante,
Menospreciando al mundo su bravura,
Y al último vinieron á rendillo
Los brazos de un humilde pastorcillo.

Y así, como en el aire suspendidas
Las fieras ondas, con los recios vientos
Se rompen, de sí mismas sacudidas,
Enfrenando los ímpetus violentos;
Así serán deshechas y vencidas
Con el proprio furor de sus intentos
Las falsas opimones que sustentan
Estos ciegos espíritus y inventan.